

Sexual Herria



Itziar Ziga

SEXUAL HERRIA



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Noviembre de 2011

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Itziar Ziga

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Código Postal 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 70 39 34
Fax 948 70 40 72
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DEPÓSITO LEGAL
BI-3108-2011

ISBN
978-84-15313-08-3

DISEÑO DE PORTADA Y COLECCIÓN
Esteban Montorio

FOTOGRAFÍA DE PORTADA
Rodrigo Van Zeller

MAQUETACIÓN
Amagoia Arrastio

IMPRESIÓN
RGM
Igeltzera poligonoa, 1bis, A1 pab.
48610 Urduliz - Bizkaia



A María Díaz 6pisos,
desde aquel instante de gloria
en que asaltamos desnudas la playa
de la Concha...
y que iluminará mi vida SIEMPRE.

PRÓLOGO

DESDE MI HABITACIÓN DEL HOTEL DRAKE veo el enorme lago Michigan; las aguas tienen un color verde grisáceo y están decoradas con las espumosas pinceladas blancas que pintan las olas. Estoy en Chicago, por razones que no vienen al caso, y el día es tan triste como un día triste de *Bilbao*. Tumbado en la enorme cama con el rabo al aire he leído en mi «aipad chu» el borrador de la novela que Itziar Ziga me ha hecho llegar (no me pega ni hostias empezar un prólogo de esta manera tan gilipollesca y es por ello que así lo empiezo).

Siempre he dicho que si volviese a nacer, cosa que dudo mucho porque no creo que me muera, me gustaría nacer mujer y lesbiana, y a poder ser con un clítoris bananero del recopón bendito. Por ello me agrada sobremanera esta petición de prologar la obra de esta MUJER (siempre con mayúsculas) empadronada actualmente en Lesbosnia. Pero, al mismo tiempo, he de reconocer que me da un poco de pena el que me lo haya pedido, porque eso suele significar que va tan mal encaminada en la vida como aquellos que acompañan el desayuno con una copa de «solysombra». No pasa nada, y si pasa

algo, dura tan poco tiempo pasando, que en el fondo no pasa nada.

Amo a Itziar Zigar, al igual que amo a todas las MUJERES que, tengan la tendencia sexual, política o religiosa que tengan, son valientes para rebelarse contra «lo que tiene que ser». ¿Y qué cojones es eso de «lo que tiene que ser»? La única manera en que avanza esta sociedad es cuando «lo que tiene que ser» no es ni de coña. Como creo que decía Keynes, «qué divertido es que cuando parece que va a suceder lo irremediable, ocurra lo inesperado».

La obra de Itziar no solo me ha encantado por su húmeda, fresca, sincera y agresiva prosa, sino porque hasta me la ha puesto «pina» (espero que nadie me acuse de machista porque se me ponga «pina», es un mecanismo de ingeniería natural que yo casi no controlo). Pienso en su poética frase, «no me comas el coño que me siento sola», y constato lo diferentes que somos nosotros de las mujeres. Dudo que un hombre se sienta solo si le comen el rabo, pero aunque se sienta solo no creo que le importe estar en compañía de su soledad en absoluto. «No me comas el coño que me siento sola» podría ser un magnífico título para esta novela, mucho mejor que el de *Sexual Herria*. Lo siento, pero así lo pienso.

Itziar además nos recuerda que el gran Oteiza decía que todos los vascos llevamos dentro un cura de doscientos años. Yo creo que las vascas lo que llevan dentro es una monja de la misma edad y con más bigote que Frida Kahlo. Este libro ayuda a expulsar a estos inquilinos negruzcos antivida que, conectados a nuestras más profundas neuronas, ni nos dejan ser como queremos ser ni tan siquiera ser como somos.

Lo que no sé es si el ateísmo y anticlericalismo militante de Itziar le habrá hecho reflexionar acerca de una cosa sobre la cual parece que no reflexiona ni Cristo en las Vascongadas; la religiosidad de la bandera vasca. Al margen de otras consideraciones estéticas que no quiero abordar aquí, con la *iku-riña* tenemos que tragarnos no una, sino dos putas cruces: la

cruz de Cristo y la cruz de San Andrés. ¿Cuándo habrá un Gobierno Vasco valiente que convoque un concurso público para diseñar una nueva bandera laica? ¿Cuándo, por Dios, cuándo?

Para comprometer todavía un poco más a Itziar Ziga con este prologuillo, y por si todavía no ha sido suficiente con un empuje gilipollesco, mi penar por su futuro, el que se me ponga «pina» leyendo su prosa, la recomendación para que cambie el título, y mi comentario sobre la religiosa ikurriña, quiero acabar aconsejándole las tres cosas que Manuel Aznar Acedo le aconsejaba a su hijito José María Aznar: «ten seguridad en ti misma, persevera y no te preocupes».

Si me hubiese dado un poco de prisa en mi tarea reproductiva, casi podría tener una hija de la edad de Itziar, por ello espero que no haga caso a un hipotético padre de mi calaña y que me mate lo antes posible.

Se acabó el prólogo. Toda mi vida llevo diciendo, para trabajar menos, que «un poco de Rabo es mucho». Me visto con mi traje de Emidio Tucci y bajo a tomar un Dry Martini en el bar del hotel (el segundo que sirvió alcohol cuando acabó la Ley Seca) a la salud de Iziar Ziga.

¡Que Dios te bendiga y la Virgen te acompañe!

BESOAK KALERA

ALVAREZ RABO

ES DIFÍCIL HACER UN PRÓLOGO DE UN LIBRO que trata un tema del que, por lo general, solo se han escrito chistes, viñetas y *sketches*. Con esto quiero decir, ¿realmente se puede escribir un libro sobre el hecho de que en Euskal Herria no se folla y tenemos una mojigatería impregnada en nuestros cuerpos? Bueno, pues sí, y aquí lo tienes. La gran diferencia está, en quién coño es quien escribe sobre ello y cómo. Y eso sí que lo sé.

Si me pongo a pensar un poco, me viene una imagen maravillosa a la mente. Veía ante mí en la pantalla del ordenador, una tía que brillaba mientras parloteaba vestida de plumas y colores sobre algo de que ella era una perra y no sé qué de que «le perdía la purpurina». Decía que tenía la disparatada idea de investigar aquello de las feminidades subversivas. Miraba atónita, me reía, estaba extasiada, me emocionaba, me encantaba. Aquella mujer se llamaba Itziar Ziga y lo que yo veía en mi ordenador era la ponencia entrecortada que dio en Arteleku en aquellas increíbles jornadas de Feminismo PornoPunk (2008), a las que pude asistir parcialmente

por aquello de la *precariedad* (o lo que es lo mismo: trabajar de camarera).

Así conocí a esta perra, a través de una pantalla (y por supuesto más tarde, en carne y carne). Es verdad que han llovido muchos gintonics desde aquello, pero tengo entendido que aquella disparatada idea que contaba en Arteleku no era más que el engendrar de lo que más tarde devoraríamos: *Devenir perra*.

Todavía no tengo claro cuánto me pudo haber cambiado ese libro, pero sé que lo hizo, lo sé. Me acuerdo que, nada más comenzar a leerlo, se me quedó grabada una cita: «Radical se dice de quien busca la raíz de las cosas. Así que no ser radical es ser, como poco, superficial y, en realidad, estúpida». Me gusta esta cita, porque explica perfectamente lo que el feminismo lleva haciendo muchos años, quiero decir, que las feministas siempre hemos ido a la raíz del asunto, nunca nos hemos conformado con los parches que sigan maquillando y manteniendo el heteropatriarcado tal cual, e Itziar Ziga que si algo es, es feminista, te lo dice desde el principio, para que no haya dudas. Así que no te confundas, lo que vas a leer (y tragar) a continuación no es ningún libro chorra que tiene que ver con aquello de «en Euskadi no se folla» de *Vaya Semanita*. Digo esto, porque aunque pudiera ser una buena premisa para comenzar (y de hecho lo es), lo que viene a continuación es un grito a la posibilidad, al volver; un grito de perra, una hostia a la mojigatería vasca, una paliza a ese cura de doscientos años que llevamos dentro –del que nos hablaba Oteiza y Ziga repatea–; un aullido al sacar la perra (vasca) que llevas dentro. Así que sí, en *Euskadi* no se folla, pero no te preocupes, no está inscrito en nuestros genes –ni siquiera en el Rh (negativo, por supuesto). *De tó se sale* prima, y quién mejor que Ziga para contárnoslo.

Pero, a ver, tampoco te confundas, quiero decir, que lo de que hay un futuro (que se podría llamar, sí, Sexual Herria) no te lleve a pensar que te vas a encontrar los 10 consejos de

«cómo follar en Euskal Herria y no morir en el intento». No. Si estás esperando eso, déjalo, no hay milagros. Estamos hablando de otra cosa, he ahí lo de la raíz. Estamos hablando de que lo de que en Euskal Herria no se folle no es casual, de que nos hemos creído eso como parte de la cultura, y que como todo ello no es más que un reflejo de una construcción histórica, son unos factores que son de urgencia desmontar y sacar a la luz, para reencontrarnos con la Sexual Herria que fue o pudo ser. Es vital a la hora de construir algo deconstruirlo, y poner ante los ojos otro mundo de posibilidades.

Se trata, pues, de sacar el puterío que nos ha sido arrebatado, ver que no es casual, de ver posibilidades, de romper con esa rigidez vasca, ese puritanismo impuesto, de las formas militantes estrictas; romper con eso que nos hemos creído como parte de la idiosincrasia vasca. Sexual Herria *is possible*, nenas, y me aventuraría a decir que está más cerca que aquel «Euskadi izango da libre ta tropikala!» que nos cantaba Hertzainak.

Ya lo dijo Itxaro Borda en un artículo que escribió sobre *Un zulo propio*, que Itziar Ziga había conseguido erotizar a la ETA, o al menos esos *zulos* conocidos por y para. Parece como si ya se vaticinara algo (o que siempre ha estado ahí). Así que digo yo que si Ziga consiguió eso, y ahora que no hay ETA y es el momento de que hable la sociedad vasca, ¿por qué coño no se podrá erotizar la misma? Ella nos habla de reputificar Euskal Herria (es curioso que el corrector de Word, te lo cambie *putificar* por *purificar*, hasta ahí llega la sexofobia), un misión dura, sí, pero no se me ocurre nadie más adecuado para ello.

Digo esto, porque como ya he comentado, han llovido muchos gintonics desde que conocí a Itzi. Nos hemos recorrido las calles muchas veces, los bares, las noches y los días, y hemos pisado y gritado fuerte de la mano aquello que nos había sido arrebatado. Así, diré que creo que me he reencontrado con mi yo más puta, perra; luego ya, que cada una haga

lo que quiera (y pueda) con ella, pero no os privéis de conocerla y sacarla, no creo que os arrepintáis.

Así que como me dijo un tío de cuyo nombre no quiero acordarme, «Itziar Ziga va a acabar con el futuro de las escritoras jóvenes» (refiriéndose a mí), le digo que sí, que puede que vayamos a la perdición, pero lo único que sé es que ahora estoy prologándola, y que si esto nos lleva a la perdición, me permitiréis decir que yo me voy con la Itzi, que no me imagino una perdición mejor (además tengo la certeza de que *sobrebeberemos*).

Por lo tanto, solo me queda deciros que sigáis con las páginas, que os perdáis en ellas, que os riáis, que os enfadéis, soltaros, bailad, cantad, tocaros... Porque os aseguro que después, los caminos siempre serán más lúbricos, y no habrá paz para las perras.

Abrid la mente y las piernas y ¡gozad malditas!

KATTALIN MINER

MUCHA POLICÍA, POCA DIVERSIÓN.

GUDARI VERSUS PUTA

Una revolución que no permita bailar
[follar, beber, drogarse, extraviarse]
no es merecedora de luchar por ella.

EMMA GOLDMAN

(el paréntesis es mío)

Por eso, y solo por eso, las calles han de estar invadidas de putas y prostitutas orgullosas y fuera del armario. Por eso, porque las mujeres somos perseguidas al menor indicio de promiscuidad, el bien que hace a la mujer en general la presencia de las prostitutas callejeras es totalmente incuestionable.

BEATRIZ ESPEJO

Manifiesto puta

MI AITA ESCONDÍA LAS REVISTAS de los cuerpos desnudos en uno de esos puffs setenteros que alojan tesoros al levantar su tapa. Estaba relativamente inaccesible, en una esquina entre la pared y el cabecero de su cama. Pero mi hermana y yo solíamos asaltarlo en la clandestinidad de los sábados por la mañana. En su barriga de terciopelo rojo sangre, se amontonaban las *Penthouse* y las *Punto y Hora*. Los cuerpos que exhibían su voluptuosidad sexual frente a la doble moral burguesa y los cuerpos que mostraban las marcas de la tortura contra la impunidad policial y gubernamental. Hablamos de principios de los ochenta, una época en la que supuestamente el orden establecido a sangre y fuego debía saltar por los aires.

Aunque mi ama y mi aita siempre nos abrieron los ojos frente a esa falacia de «paz social» que nos explicaban en el colegio y en los telediarios, nunca quisieron exponernos a la dura imagen de los cuerpos arrasados por la tortura. Pero nuestra curiosidad infantil dio con ellos. Recuerdo la rotunda crudeza de aquella foto, un pecho de mujer contra el que

habían apagado cigarrillos. La hipersexualización patriarcal impuesta sobre nuestros cuerpos se ceba con saña sobre las detenidas y sobre las prisioneras, en todas las guerras y en todas las paces (en el supuesto de que existan). No me parece casual que la primera imagen porno vasca que conocí fuera la de unas tetas marcadas por la violencia policial.

Las modelos porno de las revistas y las torturadas tenían algo en común: la exhibición voluntaria de sus cuerpos. Las primeras, por visibilizar el placer carnal y también por dinero. Las segundas, por la necesidad de denunciar un abuso de autoridad programático que nunca cesa, todavía hoy negado por el Gobierno espanyol a pesar de los escalofriantes informes de organismos nada locales como Amnistía Internacional. Pocas cosas desafían más al patriarcado que una mujer controlando la exposición de su cuerpo desnudo. Por ello, quizás siempre percibí entereza y esplendor en aquellas fotos que, irremediablemente, se entremezclaron en mi imaginario infantil. Las unas, a pesar de todo el esfuerzo bienpensante, incluso feminista, de victimizarlas como mujeres objeto. Las otras, por sobreponerse al dolor y al miedo señalando al enemigo.

La mezcla entre colonización católica y zozobra política permanente ha resultado letalmente inhibidora en la sexualidad de nuestro pueblo. Contra la Iglesia, ya me despacho bastante en estas páginas (aunque nunca es suficiente. En cada blasfemia me vengo de todas nuestras antepasadas a las que callaron con la hoguera, con la letra escarlata, con la cárcel, con la exclusión o con una lobotomía. Y todavía albergo dentro multitudes que aguardan su turno para la revancha póstuma). Pero es innegable que siglos de conquista gradual e incesante, de resistencia, de lucha armada y de represión sanguiñaria no propician el mejor contexto para la visibilización hedonista. Algo así como: no estamos para esas hostias.

La priorización de objetivos es una de las constantes de la izquierda que siempre me ha irritado más, junto con el antagonismo sistemático y la fatalidad enfermiza. Para el movi-

miento de liberación vasko, las luchas de las mujeres y de las sexualidades minorizadas eran secundarias. Para el feminismo, la reivindicación de la posibilidad lésbica y transgénero o de un imaginario porno antipatriarcal ha estado siempre relegada al derecho al aborto o la lucha contra la violencia machista dentro de la pareja, asuntos que afectan sobre todo a las mujeres heterosexuales. Incluso en el seno de los colectivos por la liberación sexual, las bolleras, y más aún las que no ansiamos casarnos ni adoptar churumbeles, volvemos a ser las últimas de la fila. Parece que la jerarquía de las agendas políticas siempre ha considerado banales y postergables mis intereses, mis apetencias, mis opciones. No se han convencido aún de que ni el pueblo ni las mujeres ni las oprimidas serán jamás libres mientras conserven ese cerrojo patriarcal colonizador entre las piernas.

La primera vez que leí en público mis divagaciones en torno al potencial insurgente del disfraz de puta, embrión de mi *Devenir perra*, en el encuentro FeminismoPornoPunk de Arteleku en junio de 2008, Itu Medeak dijo algo que me desbordó el pecho. Y que fecundó en mis entrañas la encrucijada de este libro. «Nosotras hemos luchado siempre desde el modelo del gudari, y tú acabas de enseñarnos a luchar desde la puta». Aquella tarde iniciática, mi amatxo acababa de escapar de la muerte en la uci de Iruñea. Apenas un año después, yo regresaba. Casi una década en Barcelona había dado para mucho más de lo que soñé cuando las dunas del Sahara me revelaron la ruta del sexilio. Retorné libre del heterodestino, empoderada como puta. Y ávida de feminismo y de energía vaska.

Estado de excepción sexual

«Todo cambia», cantaba Mercedes Sosa. Al menos yo vislumbro resplandor al final del túnel. Aunque queden todavía simas traicioneras que sortear, nos falte a veces el aire y reco-

vecos mil oculten la salida. Aunque a ese Gobierno espanyol, que finge alternarse democráticamente –como ya lo hiciera en el siglo XIX– entre dos partidos que comparten tiranía y fobia a la etnodiversidad ibérica, le asuste tanto renunciar al espejismo del adversario vasko. Y confrontarse con su gestión abusiva y desastrosa, más aún en tiempos de crisis y rearme capitalista. Aunque acaben de castigar a Arnaldo Otegi a diez años más como prisionero político. El contexto social en el que estamos inmersas ahora mismo es prometedor, augura un movimiento ilusionante en el tablero tras demasiado tiempo paralizadas entre la espada y la pared, entre la ilegalidad y la cárcel.

Quiero creer y creo que la atroz represión policial hacia una tendencia política molesta para el sistema, es decir, hacia la izquierda abertzale, aflojará. Necesito creerlo. Que podremos existir y organizarnos más gozosamente sin tanto asalto del exterior y, en consecuencia, destensando cierta rigidez marcial interna. Claro que, como siempre hemos temido, en el momento en que el Estado deje de focalizar tanto control sobre un solo punto, centrifugará aún más su opresión. Porque papá jamás se desarma. Su razón de ser es dominar.

Y, hay que joderse que, justo ahora, cuando los cambios parecen propiciar que nuestra gudari interior empiece a travestirse algunas noches y a salir por ahí a hacer la puta, se aprueban en dominó códigos de buena conducta municipales –aguafiestas, sexófobos, miserables–, calcados de la ordenanza barcelonesa. El civismo impuesto desde la moral hegemónica se está erigiendo en excusa normativa para robarnos las calles de la ciudad como espacio de encuentro desordenado, súbito, impredecible; arrebatándonos, como con la ley antitabaco, la necesaria capacidad de negociar colectivamente y en cada circunstancia nuestros acuerdos de convivencia. Sin que tenga que mediar siempre la paternalista tutela institucional. Infantilizándonos una vez más como ciudadanas para entor-

pecer que nos organicemos. Atomizándonos como nunca se atrevió gobierno democrático alguno.

Así se implanta el Estado-guardería. Así se desintegra una comunidad, un pueblo. Cada uno en su casa, y la ley (la policía, el telediario, el microondas, la verdura transgénica, la violencia machista, el recato y el abuso sexual, la pobreza creciente), en la de todos. No. Justo en esto no tenemos que emular a Barcelona. Contagiémonos de su barullo, de su indecencia, de su aliento anticlerical, de su noche cabaretera y granuja, de esa emergencia libertaria que siempre vuelve a aflorar. Pero no pasemos del estado de excepción sexual vasko derechitas al civismo *sisplau*. No, no quiero ver eso. No quiero tener que sexiliarme de nuevo. Entre otras razones, porque cada vez quedan menos paraísos lascivos y a la vez habitables a los que huir. Y porque esta es la tierra en la que deseo vivir, correrme y luchar.

Reput(ific)ar el sexo en la calle

Suena bien reputar, ¿verdad? Podría parecer que equivale a reputificar, el objetivo confeso de este libro. He tenido que desenmascarar con el diccionario de la RAE a este verbo tan farsante. «Considerar, juzgar el estado o calidad de una persona o de una cosa». Nunca lo había oído antes, hasta que leí la Ordenanza del Espacio Público que el Ayuntamiento de Bilbao aprobó el 27 de septiembre de 2010, a pesar de las perseverantes y multitudinarias protestas ciudadanas. ¿Por qué utilizarían este verbo tan confuso y sugerente precisamente para prohibir el sexo y la prostitución en la calle? Todavía me sigue sorprendiendo lo perversos y malababa que pueden llegar a ser quienes nos gobiernan.

Se reputan prácticas sexuales incívicas, por atentar contra la convivencia ciudadana al desconsiderar al resto de la ciudadanía mediante la exhibición pública de actos de marcado

carácter íntimo y personal, todas aquellas prácticas en las que el sexo está explicitado, y sea pública y notoria su realización, de forma y manera que sea imposible no advertirlo o evitarlo por parte de la generalidad de la ciudadanía. Tales prácticas están prohibidas.

Cada vez que releo estas líneas, me pongo a temblar. Hasta puedo oler la naftalina de las togas, las sotanas y los armarios bien clausurados. Aunque también se me escapa una risa maléfica ante tal despropósito semántico que atenta –apropiándome de uno de los verbos preferidos de la moral católica carcamal que impulsa esta norma– contra la operatividad y la lógica. Como con todas las sombras que siempre me asustaron, voy a verter mi luz sobre estas absurdas palabras que pretenden erigirse sobre mí, al menos cuando me encuentre en Bilbao, para desmontar la falacia de su sensatez.

«Prácticas sexuales incívicas» (hay que preguntar al alcalde de Bilbao qué prácticas sexuales considera cívicas).

«Desconsiderar al resto de la ciudadanía» (cuando leo esta frase, no sé por qué –bueno, claro que sé por qué–, siento que yo pertenezco a esa parte de la ciudadanía desconsiderada con el resto cuyas consideraciones deben ser más legítimas que las mías. Igualmente, me juego el cuello a que, sin ir más lejos, muchos padres de familia que abusan de sus esposas o de sus hijas, sentirán pertenecer a esa ciudadanía que se ofende ante la visibilidad de una marica o de una puta, menos cuando reclama los servicios de ambas. Y por supuesto de una bollera como yo).

«Exhibición pública de actos de marcado carácter íntimo y personal» (por un lado, no sabía que existieran exhibiciones no públicas. Y por otro, las confidencias al oído con una amiga, ¿también estarán proscritas en Bilbao por ser íntimas y personales? Además, esta puritana norma confina las demostraciones del deseo a la clandestinidad privada y nos expolia la posibilidad de recrearnos con la lujuria ajena. Porque a mí nadie me ha preguntado nunca si me ofende o me

deleita toparme con dos cuerpos entregados al placer carnal. Como puta, pero también como voyeur, se han conculcado mis derechos. Simplemente no logro entender cómo permitimos que se regule y sancione nuestro comportamiento sexual desde la moral cristiana en una sociedad que presume de laica. O que se dé la más mínima importancia a lo que opine el obispo de Donosti, carcamal Munilla, sobre la herejía homosexual –llegó a decir que era más dañina que el devastador huracán de Haití-. ¿Por qué hostias tenemos que seguir escuchando sus cacareos de correccional con lo que nos ha costado librarnos de su dominación absoluta? ¡Y con el insumible daño que nos han hecho durante siglos!).

«Sexo explicitado, público y notorio» (volvemos a las prácticas, lo que supone siempre la reducción del placer sexual a los contactos genitales y a la desnudez. Imagino que se refieren a que no está permitido que te coman el coño en medio de la calle. O que te la metan, por ejemplo. Pero, ¿habrá que cortarse también de manosear las tetas de una amiga o de pegarle uno de esos morreos que parecen dispararte un ascensor supersónico desde la boca del estómago hacia la cabeza hasta trepanarte el cráneo?).

De forma y manera que sea imposible no advertirlo o evitarlo por parte de la generalidad de la ciudadanía (¡Hay tantas cosas que yo desearía no advertir y evitar por la calle, tantas! Tanto abuso, tanto maltrato, tanta prepotencia, tanta tristeza, tanta represión, tanta malababa, tanto baboseo, tanta misoginia, tanta desolación, tanta rigidez, tanto mal gusto. Ahora mismo, trato de concentrarme mientras por el balcón invaden mi cuerpo las voces desgañitadas de una pareja que siempre discute y se insulta. A pesar del sofocante verano barcelonés, mi única opción para continuar escribiendo es cerrar las ventanas. Pero esos energúmenos acatan la ley, dudo que superen los decibelios permitidos en la franja horaria convencionalmente impuesta como activa. Y esto me hace evocar una noche gloriosa en este mismo piso del Raval en la

que, sorteando el granizo de platos y demás objetos que el vecindario de bien lanzaba contra nuestro balcón, salió Iñaka –marica de Lezo iluminada y brutal– y gritó a la masa sin rostro que acata y por ello nos odia: «¡Pero que manía tenéis de dormir de noche!». Por supuesto, nos visitó la policía. Pero esa es otra historia).

Cuando los tacones de tus vecinas veas cortar: Barcelona

Sé que albergo un odio obsesivo hacia las ordenanzas que nos detallan e imponen acuerdos de convivencia y que tanto han proliferado en los últimos años. Lo sé, lo confieso. Vengo escaldada. En enero de 2006 comenzaba a aplicarse en Barcelona la conocida como ordenanza del civismo y la ciudad, desde entonces, al menos mi ciudad, no fue la misma. Hablo de las doscientas veces en una tarde que te topas con agentes de la Guardia Urbana (una de las policías europeas más denunciadas por Amnistía Internacional) y se te apodera un tic nervioso que te lleva a revisarte de arriba abajo por si incumples alguna de las múltiples intromisiones en tu libre circular que ampara dicha ordenanza. Hablo de caminar sorbiendo una cerveza y que te llegue a casa una multa de trescientos euros. Hablo de la última vez que pisé la Barceloneta, esa playa proletaria de arena cementosa, y las únicas desnudas éramos nosotras. Casi costaba atisbar unas tetas al sol. Cuando hace no tanto coexistían armoniosamente los cuerpos desnudos y los que tapan *sus partes*. Después me explicaron que el *Ajuntament* ya ha prohibido el nudismo, también a la orilla del mar. Hablo de policías secretas en bañador requisando las latas de los vendedores paquistaníes.

Hablo de los cientos de denuncias que acumulan las trabajadoras sexuales del barrio chino, muchas de ellas cursadas mientras compraban el pan o tomaban un café, simplemente porque el policía de turno sabe que son putas. Hablo de muje-

res que mientras transitan tranquilamente son arrastradas por los agentes de la ley a las calles Robadors o San Ramón, bajo amenaza de denuncia por desacato a la autoridad, para ser multadas donde se ejerce la prostitución de manera que tal falsa acusación sea creíble y así engordar las arcas de un Ayuntamiento que no te cobra por respirar porque –todavía– no puede.

Vale que una es de Rentería y le pasa como a las gitanas, que lleva grabada a fuego en el código genético heredado la alergia a los uniformes. Pero la transformación de Ciutat Vella en un preámbulo de 1984 fue fulminante tras la aprobación de esa norma municipal intrusista y disfrazada de buen rollito democrático que inauguró Barcelona y que han ido copiando otras ciudades, entre ellas Bilbao. Ya he señalado hace un rato lo perverso y malafolla que es este sistema que presume de gobernarnos con nuestro consentimiento. ¿Cómo se llama el primer rincón de la ciudad condal donde se instalaron cámaras de videovigilancia? George Orwell: quien diera nombre al Gran Hermano, probablemente la fabulación distópica que más nos aterró en el siglo xx. Y en otra demostración de cómo el capitalismo todo lo fagocita en su favor, alguna mente preclara se apropió del nombre de esta pesadilla cada día menos futurista para denominar a un programa de hacinamiento humano estúpido y retransmitido de éxito planetario.

Ambit Dona es uno de los colectivos que lucha aguerridamente para que se derogue la maldita ordenanza (como se hubo de pelear contra la Ley de Peligrosidad Social tardofranquista, reformada en 1979 por la presión de maricas y travestis electroshockeadas por papá-Estado, entre otros. Aunque no se derogaría íntegramente hasta 1995. Y ahora parece resucitar disfrazada de civismo). Su abogado, Roberto Castro, se ha vuelto experto en buscarle las cosquillas legales a esta norma infame que amenaza la posibilidad de existir de sus defendidas: trabajadoras del sexo callejeras. ¡Nada más me gustaría que brindar con Roberto y con las putas del Raval el día en que, ojalá, se reconozca la inconstitucionalidad de este civismo

impuesto policialmente! Con mucho cava y en plena calle, por supuesto. Las que nacimos con la guerra perdida de antemano, conocemos el valor de celebrar cada pequeña victoria.

¡Yo te maldigo, Joan Clos!

Si has llegado hasta aquí, y llevamos ya algunas páginas juntas, no te sorprenderá cierto ánimo de revancha en mi verbo. Como para no tenerlo. Por la mayoría de altos cargos públicos, siento cabreo y desprecio político. Por el exalcalde de Barcelona, además, albergo una rabia personal e intestina. Ha inflingido un daño infinito a seres muy amados míos (caso-montaje del 4F: www.absoluciondetenidos4F.blogspot.com, poetadifunta.blogspot.com) ¡Yo te maldigo, Joan Clos, a que un día despiertes y no puedas borrarte nunca más la sonrisa de Patri de la cabeza! Que se te congele en la retina, como la bruja que era, y te persiga por siempre. Y se te empozone el remordimiento en las entrañas por su muerte prematura y desesperada.

Pero, además, Joan Clos fue el autocomplacido abanderado de la *Ordenança de Mesures per Fomentar i Garantir la Convivencia Ciutadana a l'Espai Públic de Barcelona*, aprobada el 23 de diciembre de 2005. Responsable del acoso policial y la zozobra en la que están condenadas a existir, entre otras, las putas callejeras del Raval y del Camp Nou. Porque no olvidemos que, tanto escándalo social y amenaza colectiva que deben suponer un puñado de mujeres que pactan servicios sexuales con hombres que los solicitan, tiene como escenario apenas cuatro calles de la ciudad (en el caso de Bilbao, dos. Las emblemáticas Cortes y ahora la bajada de Miribilla). Vamos, que si te ofende tanto ver prostitutas, desvíate para no encontrártelas. A mí también me encolerizan iglesias y comisarías y no tengo otro jodido remedio que tropezarme con ellas a cada paso.

Tanto la ordenanza barcelonesa como la bilbaína, prohíben la negociación de servicios sexuales en la calle. Es decir,

pretenden condenar que dos personas adultas hablen unos minutos siempre que algún policía decida que ella es puta y él cliente. Y que no están charlando sobre el tiempo, sobre la carestía de la vida o sobre física cuántica. Difícilmente un agente podrá tener la certeza de que esa conversación ajena versa sobre dinero a cambio de sexo a no ser que la Guardia Urbana de Barcelona y la Policía Municipal de Bilbao contraten a superdotados auditivos para tales misiones. Y ni por esas. Ni las putas ni sus clientes van a acordar un servicio a la vista de uniforme alguno. Por tanto, esas multas que están extendiéndose en las zonas rojas de nuestras ciudades cual plaga bíblica, no se amparan en prueba demostrable alguna. Como tan lúcidamente argumenta Roberto Castro, sirviéndose de la ex-primer dama barcelonesa como ejemplo.

Imaginemos que la excelentísima esposa del exalcalde, el también excelentísimo sr. Joan Clos (gran artífice de esta Ordenanza –de ahí, ponerlo en el blanco de este ejemplo–), va caminando por la vía pública, más concretamente por la Ronda San Antoni. Imaginemos también que va ataviada con una indumentaria de lo más veraniega, a saber, una minifalda y un prominente escote, tacones y un ostentoso bolso de color blanco con vistosos abalorios. De repente, se detiene para observar, en dicha vía, que la fachada del edificio que alberga la casa de Cervezas Moritz se halla totalmente restaurada y resulta de gran embellecimiento para el paisaje urbano. En ese instante, imaginemos también, que aparece un agente de la Guardia Urbana y la confunde con una de las trabajadoras del sexo que frecuentan la zona. La esposa del exalcalde es irremediabilmente multada.

¿Podría esto ocurrir? ¿Es esto posible también con cualquiera de las esposas de los cargos públicos que trabajan en el *Ajuntament* y han desarrollado y aprobado esta Ordenanza? No, ¿porque nunca llevan faldas cortas o escote? No, ¿porque no entra dentro de sus gustos llevar un bolso de color blanco? No, ¿porque jamás se detendrían en la Ronda San Antoni? ¿ES UN GRAN FACTOR DE RIESGO DETENERSE EN LA RONDA SAN ANTONI!? ¿¡más en las ramblas!? ¿Obliga esto a toda mujer hermosa, que se precie vestir de manera llamativa, a mirar al frente y no detenerse, ni por un instante, cuando atravesase calles como la Ronda San Antoni? ¿Nos plantea así, esta Ordenanza, una situación, tanto jurídica como moral, que ni George Orwell en la peor de sus pesadillas hubiera imaginado?

Controles (h)etéreos

El 18 de junio de 2010, me reencontraba en Bilbao con Beatriz Espejo, trabajadora sexual, escritora incendiaria y amiga. Nos había invitado Hirukigunea, un entramado de grupos por la diversidad sexual entre los que se encuentran mis inspiradoras hermanas lesbianistas MDMA, para que argumentáramos nuestras posturas contra el puritano artículo 16 de la Ordenanza del Espacio Público, que iba a aprobarse en apenas tres meses. No es casual que fueran las maricas y bolleras de la plataforma ciudadana quienes más preocupación mostraran por la sexofobia que rezuma esta miserable norma. Jamás en la historia se ha emprendido persecución alguna contra las parejas heterosexuales aparentemente monógamas y de bien. Jamás. Pero las desviadas y promiscuas sabemos de sobra que toda caza moral empezará por nosotras. Llevamos esa advertencia grabada a fuego en nuestra memoria política y vigilamos con terror los bandazos de timón del patriarcado. Por algo será que multitudes se esconden en los armarios.

En aquellos aciagos tiempos, cuando un sector del feminismo gringo se alió con la extrema derecha con el objetivo común de prohibir la pornografía bajo la estúpida premisa de que inspiraba a los machos a violar, sobresalió la sensata voz de la antropóloga lesbiana Gayle Rubin. *Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad* fue el texto de 1984 que me lancé a releer cuando conocí los términos de la cruzada del Ayuntamiento de Bilbao contra la lujuria en la villa. «Las disputas sobre la conducta sexual se convierten a menudo en instrumentos para desplazar las ansiedades sociales y descargar la intensidad emocional concomitante a ellas. En consecuencia, la sexualidad debe tratarse con especial interés en épocas de fuerte tensión social».

Putas y maricón son los fantasmas más recurrentes, estigmatizadores y eficaces que corresponden respectivamente a la condición femenina y masculina (ya he señalado antes que la posibilidad lesbiana es demasiado peligrosa para el patriar-

cado como para ni siquiera nombrarse). Se domestica a los hombres para que teman ser identificados como maricas. Así se comportarán como machos obedientes. Y para que resulten creíbles como tales, deberán reproducir esa quintaesencia de la virilidad llamada homofobia. Y ejercer violencia contra las mujeres, los gays valientes y los hombres amanerados. Se adoctrina a las mujeres a negar que son putas. Para ello, tendrán que exteriorizar una sexualidad pasiva y subalterna al macho. Y la vía infalible para que no le marquen a una con la letra escarlata, es incrustársela a otra. La puta es esa, no yo. La putafobia es fundacional en la feminidad legitimada. Así se asegura el orden patriarcal de que las mujeres internalicen la misoginia imprescindible para que no se alíen entre ellas ni se rebelen contra el amo.

No exagero cuando afirmo que el párrafo anterior concentra dos de los mecanismos más cruciales, repetidos y controlados para que todo continúe estando como está, al menos en la humanidad occidental. La heteronormatividad obligatoria es nuclear para que el capitalismo mantenga su impostor libre mercado. Sin la plusvalía usurpada al trabajo de reproducción y cuidado de la vida que desarrollan las mujeres a nivel planetario y por mandato de género, sin reconocimiento social ni monetario, en el seno de las familias heteropatriarcales, nuestro sistema financiero se iba a pique en menos que canta un gallo. No es un grupúsculo de feministas radicales sino la propia ONU quien reconoce que: las mujeres somos el 50% de la población mundial, realizamos las 2/3 partes del trabajo para cobrar el 10% de la remuneración y ser propietarias del 1% de los bienes. ¿Se entiende por qué tanta insistencia en el heterodestino, en la homofobia y en estigmatizar a las putas?

«Las prostitutas y los varones homosexuales son la presa favorita de las brigadas antivicio de todo el mundo. La única conducta sexual adulta legal en todas partes es colocar el pene dentro de la vagina en el matrimonio», afirmaba Gayle Rubin en plena era reaccionaria Reagan. Por ello, quizás no solo las

desviadas deberíamos alarmarnos cuando se emprenden persecuciones sexuales. Pero da igual lo que yo diga, nunca hemos recibido el apoyo de quienes gozan de legitimidad patriarcal hasta que les ha tocado el turno a ellos, a ellas. ¿Qué colectivos sociales practican habitualmente sexo en lugares públicos y por tanto podrán ser perseguidos por la ordenanza bilbaína? Las maricas en sus zonas de *cruissing* (encuentros sexuales entre desconocidos, con o sin dinero de por medio). Sobre todo, parques y baños en la noche.

Sobre las putas, qué decir. Cuando las autoridades se empeñan en que la policía hostigue todavía más a las trabajadoras del sexo y a sus clientes en las calles, no se consigue que desaparezca la prostitución y la supuesta explotación sexual de las mujeres. Afirmar eso es un despropósito, un atentado a la sensatez. ¿Acaso la ilegalidad de ciertas drogas ha logrado que dejen de comercializarse y consumirse? Lo único que logran ordenanzas como la bilbaína es que las putas trabajen en condiciones más clandestinas y que sean, por tanto, más vulnerables a la violencia de los machos. Y de la policía. Más aún cuando estas mujeres son despojadas de su condición ciudadana y humana por nuestra ley de extranjería esclavista. Como aquellas negras flores que buscan todas las noches una oportunidad de sobrevivir en la bajada de Miribilla.

Pero venga, volvamos la cabeza en pro de la dignidad femenina. En realidad, tras estos discursos moralistas e irresponsables, esgrimidos demasiadas veces desde sectores del feminismo más arribista, subyace una realidad para mí insoportable: a la sociedad bienpensante le importa un comino la vida de una puta. Si no te he hecho reflexionar, es que no tienes corazón. Y sin corazón, la política es abominable. Y concluyo atravesada por la rabia con estas sabias palabras de mi hermana puta Bea Espejo: «Yo diría que la alarma por la existencia de prostitutas es muy superior a la producida por la agresión a prostitutas».

Como prohibir la lluvia en el desierto

Abolir el sexo en Bilbao es como prohibir la lluvia en el desierto. Eso sí, solo espero que nos brote ese impulso contestatario tan arraigado en la vaskidad y las gentes comiencen a entregarse a la lujuria más exhibicionista en las calles de la villa. Sería un efecto contracorriente de lo más interesante. ¿Acaso será este el retorcido objetivo del señor alcalde Iñaki Azkuna, orgulloso promotor de esta norma? Porque si no, no entiendo semejante empeño en legislar sobre lo innecesario. E imponer una norma absurda tan cuestionada por un amplio movimiento ciudadano. ¿De verdad no hay nada más urgente para la sociedad bilbaína que acabar con esas terribles amenazas para la convivencia que representan los maricones lujuriosos y las putas? ¿Qué está pasando, nuestras ciudades temen que si no implantan una ordenanza cívica a la moda Barcelona serán excluidas del flamante siglo XXI? Desde aquí y ahora apuesto a que Iruñea se destacará con una norma todavía más reaccionaria y delirante.

Claro que esta ordenanza por la que albergo tanta ojeriza, no solo prohíbe el sexo y la presencia de putas en la calle, también se ocupa de acabar con otros terribles peligros para el bien común de la ciudadanía bilbaína: aviones teledirigidos, aviones no teledirigidos, *boomerangs*, *frisbees*, cometas... Yo me pregunto: ¿están de coña? Jamás en mi vida me he topado con un boomerang en pleno vuelo por Bilbao. ¿Acaso el mismísimo Azkuna fue atacado por tal pérfido artilugio la única vez que volara por la ciudad del Nervión resultando irreparablemente traumatizado? ¿Y los *frisbees*? Hasta que no leí semejante joya de tristeza normativa había olvidado su existencia. Creo que tuve uno de pequeña, cuando mi barrio se vio invadido por esos pequeños platillos voladores. Y como todas las modas infantiles, se esfumaron por el cielo tan súbi-

tamente como habían venido. Lo de cortar los hilos a las cometas me recuerda aquello de «malos tiempos para la lírica».

Pero volvamos a Barcelona y su imposición del civismo. Nos llevan cinco años de disparatada ventaja. Hace poco, el *Ajuntament* amonestó a la Llibreria Central por vender unas chapas perniciosas para la imagen de la ciudad: mostraban dibujos de putas, carteristas, lateros, vendedores de rosas, orinadores callejeros... Dicho establecimiento tiene licencias comerciales en varios museos públicos de la ciudad. La excusa de la autoridad municipal fue que tales souvenirs, que nadie te obliga a comprar, hacen apología del incivismo. Me mearía de la risa (en la vía pública) sino fuera porque estos desmanes de palacio me dan mucho miedo. Cuidado, no vayamos a dejar de ser juzgadas por apología del terrorismo y nos empiecen a sancionar por enaltecimiento del incivismo. O ambos delitos de expresión a la vez. ¡Con lo bocazas que soy yo!

Las vaskas no le ponemos a Espanya...

Y menos mal. Me encanta que en el imaginario espanyol las vaskas carezcamos de atractivo sexual. No quiero gustarle a ese país macho. Las mujeres decididas, activas, combativas y con voz propia incumplimos los cánones de la belleza femenina. Solo hay que pararse a pensar en lo que suele opinarse del aspecto de las feministas o de las lesbianas. Sinceramente, a mí lo que no me pone en una mujer es la pasividad, el misterio, la bobaliconería, la sumisión. Internet ha servido para que cualquier mentecato tenga voz. Me he paseado por blogs donde machorros espanyoles se dedican a debatir si todas las etarras son unas monstruas o, por el contrario, están buenas. Con fotos y detalladas descripciones físicas. Ni qué decir tiene que no ha llegado a mi pantalla ningún foro parecido de

mujeres que comenten el atractivo o la fealdad de los miembros de ETA.

Con las presas de ETA pasa lo mismo que con las putas, con las moras, con las gitanas, con las bolleras y con las trans: socialmente se les exige que subviertan el orden patriarcal mucho más que al resto de las mujeres. Es decir, se da por hecho que son más sumisas respecto a «sus hombres» que el resto. Constantemente leo que el de ETA ha sido un mundo de machos donde ellas ocupaban el rol tradicional de esposa, madre y alma portadora de una esencia. Eso que se conoce como el reposo del guerrero y que nunca fuimos las mujeres. Porque ninguna guerra, precisamente a nosotras, nos permitió nunca descansar. Claro, la Guardia Civil, la Policía Nacional, el PSOE, el PP, la familia espanyola, son paraísos de igualdad para las mujeres.

A las que habitamos los márgenes de la feminidad, se nos reprocha con mucha más facilidad nuestro machismo. En un juego de espejos perverso que pretende mantener las hegemónicas como están, nos situarán siempre bajo sospecha por aquello que no acatamos, pero también por lo que acatamos. Y aquí sin duda, en algo, acata todo el mundo. Alguien que rompe con toda norma es socialmente inviable, incluso como rebelde. Estoy harta de escuchar perlas del tipo: «las transexuales reproducen lo peor de las mujeres». En primer lugar, ¿quién les ha dicho a estas juzgadoras compulsivas que son más legítimamente mujeres que las trans porque nacieron con un coñito? «La mujer no nace, sino se hace». Lo dijo Simone de Beauvoir en 1949. Ya debíamos haber aprendido esa lección de parvulario en feminismo.

Y, además, ¿por qué no se paran a mirar con tranquilidad el machismo y la mierda que ellas reproducen, en vez de pegarse la vida señalando a *las otras*? Sin ir más lejos, ese vicio suyo de vigilar y estigmatizar a las otras desde sus lugares hegemónicos es uno de los mecanismos patriarcales mejor eficazmente diseñados. ¿Por qué no vierten toda esa lucidez y

esa crítica sobre ellas? Yo lo sé, porque no se aguantan ni a sí mismas ni a sus vidas. Pero no están dispuestas a pagar el peaje de la exclusión social que nosotras pagamos. Y prefieren seguir jugando con los espejitos mágicos.

Así, social y mediáticamente, se entiende que las trans son unas garrulas consumistas que pierden la cabeza por un rabo, ¿y las *mujeres de verdad*, no? Las moras son sumisas en el seno familiar, ¿y las cristianas no? Las gitanas defienden su clan por encima de su bienestar, ¿y las payas, qué somos, todas feministas? Sobre las putas, nadie mejor rebota el ataque de las mujeres de bien que mi amiga Bea Espejo: «¿Te crees que tu marido va a pagarme a mí por maltratarme quince minutos cuando puede maltratarte gratis a ti toda la vida?». He tenido que escuchar mil veces que en las relaciones lésbicas también hay violencia. ¡Sí, igualita a la de los machos con los que vosotras dormís todas las noches, por eso somos las bolle-ras las que morimos como conejas en el hogar!

... salvo alguna: Idoia López Riaño

Recuerdo los telediarios de aquellos días. Yo era una cría, y la *Tigresa* quedaba congelada en la pantalla durante demasiados segundos. Primerísimos planos de sus ojos. Y toda una leyenda negra sobre su vida y hazañas. Detalles que jamás ofrecían (inventaban) de otras detenidas sobre una mítica confluencia entre vida personal y actividad delictiva. Y que todas recordamos. Ellos no la han retratado en base a los hechos que la llevaron a la cárcel, a su pertenencia a ETA ni al rosario de atentados que le atribuyen. Hablan así de Idoia López Riaño por su género y por su físico. Así que mi análisis de la leyenda de la *Tigresa* y de los periodistas que la forjaron irá en el mismo sentido.

«Glamourosa pistolera de ojos verdes», «esclava de su cuerpo y de su melena», «la seducción y su pistola eran sus armas», «aprendiz de prostituta gratuita que paseaba sus en-

cantos por las calles de San Sebastián». Puedo notar lo empalmados que escriben sobre ella. ¿Alguien podría imaginar un trato mediático parecido hacia *Txapote*, preso de ETA tan convencionalmente atractivo como Idoia? A estos líderes de opinión tan espanyoles parece ponerles cachondos aquello que más detestan. La imagen de una mujer vaska y mala. Ni algo tan odioso para ellos como ETA logra disuadir el asalto de su macho interior hacia una mujer guapa. Apuesto a que hasta el más derecho de ellos ha fantaseado con cambiarse por esos inventados pikoletos que la Tigresa de sus alucinaciones seducía antes de matar.

A las mujeres se nos castiga más cuando cogemos las armas, matar es cosa de hombres. Peor aún si estamos buenas. Esa es una inversión de roles victimarios insoportable para el patriarcado. De ahí el mito de la *etarra* sanguinaria, compulsiva apretando el gatillo, que tan morbosamente se ha construido alrededor de Idoia López Riaño (la psicología occidental también sospecha que las bolleras somos más potencialmente asesinas que el resto de las mujeres. Porque, al no tener sobre nosotras a un hombre que nos controle, el delicado equilibrio de la mente femenina se desbarata). En ella se han proyectado todas las lecturas de arraigada misoginia que reavivan a la depredadora, la mantis religiosa, la araña, la serpiente, la hembra malvada. Desde tan rancio machismo se ha escrito la leyenda de la *Tigresa*. Sin duda, para la prensa espanyola, la *sex symbol* vaska por excelencia.